

REVISTA DE
HISTÓRIA
DAS IDEIAS



IBÉRIA

VOLUME 31, 2010

INSTITUTO DE HISTÓRIA E TEORIA DAS IDEIAS
FACULDADE DE LETRAS DA UNIVERSIDADE DE COIMBRA

LA PENÍNSULA INACABADA. NOTAS ABIERTAS PARA UNA APROXIMACIÓN CATALANA A IBERIA

Iberia, sustrato primigenio del iberismo

Es conocido que a lo largo de la contemporaneidad muchas de las culturas políticas que han operado en España se han sentido tentadas por el iberismo. Es decir, han creído conveniente invocar a la ciudadanía a la tarea de superar la prevención política, la lejanía cultural y el desconocimiento mutuo que rige entre las dos naciones peninsulares. Han llegado a formular, en ocasiones y en consecuencia, la aspiración a la unificación de los dos estados ibéricos* ⁽¹⁾.

A veces, ese proyecto de (re)unión se ha formulado desde ámbitos de influencia y de poder. En estos casos, el propósito no precisaba de una profunda reflexión previa sobre el estado de cosas "real" existente en ambas naciones. En este terreno de construcción de Iberia "desde arriba" cabría situar las pretensiones de la Infanta D^a Carlota Joaquina a la regencia en los confusos tiempos de las Cortes de Cádiz o la iniciativa de dos de los artífices de la Revolución de Setiembre de

* Universitat de Girona (Espanha).

⁽¹⁾ En buena medida esa aproximación, al iberismo y a Iberia, ha sido posible gracias a los trabajos pioneros de Hipólito de la Torre, *Antagonismo y fractura peninsular: España-Portugal, 1910-1919*, Madrid, Espasa-Calpe, 1983; y *Del "peligro español" ala amistad peninsular. España-Portugal 1919-1930*, Madrid, UNED, 1984.

1868, los generales Juan Prim y Francisco Serrano, en el sentido de ofrecer a D. Luís de Portugal, en 1869, el trono vacante de España. Éste, y D. Fernando, un año más tarde, rechazarían la oferta. Unas décadas más adelante, coincidiendo con los primeros años del siglo XX, Alfonso XIII haría explícita su voluntad de anexión para acabar con la República lusitana de 1910. Será en los tiempos previos a la Gran Guerra cuando hallemos al rey de España "explorando a *anárquica* situação do Portugal republicano e a condescendência da política *appeaser* britânica, [y como] *negociava*, com esperanças perspectivas, o *placet* de Londres aos seus projectos de intervenção e de união peninsular"⁽²⁾.

No obstante, fue desde las plurales fórmulas y circunstancias de oposición al poder - "desde fuera" más que "desde abajo" - que se insufló vida, en la mayoría de las ocasiones, al ideal ibérico. Ya desde los planes forjados en la emigración liberal lusitana, en 1820, Iberia se constituyó en un horizonte utópico al que se podía recurrir con independencia de que las circunstancias fuesen propicias. Lo hizo gracias a algunas voces aisladas, aunque en absoluto hirientes cuando se alzaban ante los respectivos auditorios. Iberia ha sido, en rigor, una locución de uso escaso que se ha proclamado siempre ante públicos complacientes. La paradoja radica en que la inocuidad de la ilusión ibérica ha sido su fuente de vigor. Más operativa ha resultado ser en la medida que ha generado menos recelo⁽³⁾. Y ello ha sido así cuanto más etérea e imprecisa era.

Cuando los diversos liberalismos, incluyendo en ellos a las variantes republicanas e incluso a segmentos del movimiento libertario, apelaban a la necesidad de avanzar en dirección a la unidad política y administrativa de la península no hacían, en buena medida, otra cosa que buscar un lenitivo con el que amortiguar las frustraciones o limitaciones tanto en la construcción de las modernas naciones de ciudadanos como en lo relativo a la participación de las mismas en el siempre lábil sistema de relaciones internacionales. Cuando eran los regionalismos o los nacionalismos de las periferias españolas los que clamaban por Iberia era, también, en la

⁽²⁾ Citado en "Cenários históricos do *perigo espanhol*", Dossier *O perigo espanhol. Portugal-Espanha: que relações, a final?*, *História*, vol. 50, XI.2002, p. 25.

⁽³⁾ Celso Almuiña, "El discurso iberista entre el vacío o el recelo", en *Portugal e o mundo. Do passado ao presente, Actas dos 1.ºs cursos internacionais de verão de Cascais*, Câmara Municipal de Cascais, 1995, pp. 209-222.

medida que buscaban una solución a sus propias impotencias ampliando la problemática, por extensión. En otras palabras, la importancia real, no ya de Iberia sino del iberismo, deriva de la estrecha trabazón que mantuvo con los efluvios nacionalistas - los inherentes a los respectivos proyectos de construcción nacional - a ambos lados de la frontera⁽⁴⁾.

Aun no siendo el iberismo el objeto central de este trabajo inevitablemente tendremos que aludir a algunas de sus manifestaciones. En realidad lo que nos interesa son menos los proyectos ideológicos que lo que podríamos denominar la noción del sustrato previo: la idea preexistente de Iberia que hace posible el iberismo. Ni siquiera el iberismo que nace del corazón de las monarquías puede prescindir, del todo, de Iberia. No le basta la razón dinástica. Aquella que podrá aducir - volviendo al ejemplo ya reseñado - Alfonso XIII. La monarquía española, acosada por carlistas y republicanos, gestionando con dificultades una identidad nacional amenazada por la emergencia de regionalismos y de nacionalismos, descompuesta en sus bases partidarias, recurre a un horizonte imperial de tipo *germánico* en el que el rey - según bella imagen del *integralista* Antonio Sardinha - se vería a sí mismo "erguendo em triunfo a águia bicéfala, cujas asas cubram a velha Iberia"⁽⁵⁾. Aún contando con la potencia simbólica de la heráldica, no le vendrá mal a ese iberismo "del poder" el contar con una Iberia tangible, con una *Balada de Iberia* como aquella de Ventura Ruiz Aguilera en la que se cantan, específicamente, los materiales que componen la "velha

⁽⁴⁾ Beatriz Peralta García, "Romanticismo y nacionalismo en España: el iberismo en la prensa salmantina", en Mariano Esteban de Vega y Antonio Morales Moya (eds.), *Los fines de siglo en España y Portugal*, Jaén, Publicaciones de la Universidad de Jaén, 1999, pp. 21-49. En la misma línea argumentai J. C. Jiménez, en Charles Powell y J. C. Jiménez (eds.), *Del autoritarismo a la democracia. Estudios de política exterior española*, Madrid, Sílex-CEU Instituto de Estudios de la Democracia, 2007, pp. 74-75. Podría establecerse un juego de espejos que darían lugar a imágenes invertidas entre esta función terapéutica del iberismo y la que contiene el hispanismo de Fidelino de Figueiredo con su propuesta de superación de *As Duas Espanhas* (1932).

⁽⁵⁾ A. Sardinha, *A Questão Ibérica*, Lisboa, 1916, no prefácio. H. de la Torre, *El imperio del Rey. Alfonso XIII, Portugal y los ingleses (1907-1916)*, Mérida, Junta de Extremadura, Gabinete de Iniciativa Transfron, 2002.

Iberia aludida" por Sardinha: el mismo sol, la tierra feraz, el mar que sus costas baña, los propios claros ríos⁽⁶⁾.

Es extramuros, allí donde la heráldica no llega nunca, el sitio en el que Iberia, como voz y como consigna, como cartografía mítica y como sustrato histórico, juega, en algunas culturas de la Cataluña y la España contemporáneas, un papel pequeño aunque desnudo de oropeles y en absoluto desdeñable. Constituye, por así decir, el basamento sobre el que se querrán alzar las utopías emancipadoras de vocación unificadora - tanto las de corte unitario como las de sesgo federal. Dicho zócalo geológico tenía, en no pocas ocasiones y como resulta obvio, su concreción *macro* a nivel peninsular: cuando se evocaba a Iberia se evocaba una unidad territorial de la Europa meridional, situada bajo los Pirineos, con un centro grande, extenso, árido y yermo, y delimitada por perímetros marítimos y oceánicos que facilitaban la salida, la propagación. En otras oportunidades Iberia no era tan amplia; podía quedar circunscrita a una geografía local, a una perspectiva *micro* aunque sumamente legendaria en la medida que se constituía en el epítome de la resistencia y la voluntad de independencia. Rasgo inherente a todo lo ibérico. Numancia, por ejemplo⁽⁷⁾.

El problema más obvio de Iberia, para los que quisieran percibirla como una unidad, es la frontera. Una de las fronteras, no se cansarán de repetir todos los actores (literatos, historiadores, políticos), más antiguas y estables de Europa. Una linde que vincula ambos territorios y sus respectivas poblaciones a dos proyectos que, en la medida que acaban siendo nacionales, entran inevitablemente en conflicto. Portugal, con sus nueve siglos de existencia, de los cuales siete con los mismos límites terrestres, dispone, gracias a esa frontera y por tanto también a la presión ejercida desde la otra parte - por parte del Otro ibérico -, de una cohesión nacional fuerte, de una única lengua, de una cultura definida. Unas fronteras estables a las que contribuyen, en su fijación real, y no

⁽⁶⁾ Escrita durante las revoluciones de 1868, el poema fue publicado en el periódico salmantino *Adelante* e incorporado a *Ecós nacionales y Cantares*, Madrid, Imp. de la Biblioteca de Instrucción y Recreo, 1873, 6ª ed.. Algunos de sus poemas serían traducidos al portugués. Véase, B. Peralta García, "Romanticismo", p. 26.

⁽⁷⁾ Véase el capítulo que se le dedica a Numancia en el volumen de Antonio Guzmán, F. Javier Gómez Espelosín e Iñigo Guzmán Gárate, *Iberia, mito y memoria*, Alianza, Madrid, 2007.

sólo imaginaria, las estrategias imperiales, los juegos diplomáticos y las alianzas de los tiempos modernos y contemporáneos. Frente a todo ello, resistiendo en vano a sus efectos, se encontraría la compenetración de los paisajes - atemperada por la adopción secular de estrategias constructivas (edificación, urbanismo) contrapuestas - y la propia naturaleza. "Mas existe - escribió hace pocos años Antonio Pedro Vicente, en una evocación que tiene no poco de *danubiana* -, desde logo, urna outra comunidade de contacto: a que é proporcionada pela natureza. Efectivamente, os dois maiores rios que atravessam Portugal têm a sua origem em Espanha - o Tejo e o Douro"⁽⁸⁾. Las aguas no conocerían fronteras. Fluirían a un lado y otro de la misma. Su efecto erosivo sobre los sustratos pétreos constituye una metáfora idónea para dar a conocer la posibilidad de que erosionen, también, las incomprensiones que lleva adosada la conciencia de frontera, las "costas voltadas".

En este artículo no sólo procuraremos rehuir el iberismo sino que tampoco nos ocuparemos, somos muy conscientes de ello, de las nociones de Iberia que pudiesen tener los potenciales consumidores: las ciudadanías respectivas, la portuguesa, la española o, en particular dado el punto de arranque de la mayoría de nuestras observaciones, la catalana. La aproximación que proponemos lo es a los productores de una cierta idea de Iberia entendida como un argumento para la reflexión cultural cuando no para el debate intelectual y, en última instancia, político. Bien es cierto que, en este último orden de cosas, hay que empezar por asumir que, con alguna excepción muy minoritaria y aún más retórica que real - véase el caso de la Federación Anarquista Ibérica, de 1927 en adelante -, siempre se trató de un horizonte ajeno, por completo, a los debates de más amplia repercusión social. Iberia es una noción abstracta, una metáfora difícil - lo saben los que la cultivan - sobre la que resulta casi imposible construir empresas de movilización o de acción colectiva con visos de éxito.

⁽⁸⁾ Antonio Pedro Vicente, *Espanha e Portugal Um olhar sobre as relações Peninsulares no séc. XX*, Lisboa, Tribuna da História, 2003, p. 34. La *danubiana* es, evidentemente, una referencia implícita a la obra clásica, en este sentido, de civilización transnacional marcada por la potencia explicativa del hecho fluvial, de Claudio Magris. De A. P. Vicente es conveniente la consulta de la voz *Iberismo* incluida en Antonio Barreto, Maria Filomena Mónica (coords.), *Dicionário de História de Portugal* vol. VIII- Suplemento F/O, Lisboa, Figueirinhas, 1999, pp. 201-205.

Productores y usuarios *internos*, conviene aclararlo. Porque lo que sí ha ocurrido, durante los últimos dos siglos, es que Iberia ha sido, a menudo, una unidad evidente cuando ha sido vista, con curiosidad o interés, desde el exterior. Lo fue durante las guerras que se mantuvieron con la Francia revolucionaria y napoleónica por parte de los aliados británicos. Unos aliados que entendían el conflicto como un *todo* ibérico contra la expansión gala. Lo fue, para situarnos en el otro extremo del arco temporal y en parte gracias a las propias expresiones de las diplomacias española y portuguesa, para la administración estadounidense en tiempos de la Guerra Fría⁽⁹⁾. Lo fue en el imaginario revolucionario de la década de 1970 en algunas variantes del marxismo anglosajón o en las corrientes solidarias para con la concreción de regímenes de libertades en ambos estados peninsulares⁽¹⁰⁾ 11. Lo fue para unas comunidades europeas que, sin poner en cuestión la soberanía e independencia de ambos Estados, ni la diversidad de sus dinámicas sociales y económicas, contemplaron la integración de los mismos como un ejercicio conjunto; de nuevo, ibérico⁽¹¹⁾.

Finalmente, advertir que la parte final del artículo, para el que no hay conclusiones posibles más allá del de la evidencia de una continuidad de tono bajo, constituye un epítome de algunas de las ideas contenidas en una de las aproximaciones catalanas más empáticas para con Iberia como escenario truncado, como proyecto inconcluso. Agustín Calvet, *Gaziel*, fue un reputado periodista y escritor que actuó como mentor intelectual del catalanismo conservador en tiempos de la Segunda República y

⁽⁹⁾ La Embajada portuguesa en Washington publicaba, el 17 de marzo de 1949, un comunicado relativo a la posibilidad de que la España de Franco entrase en la NATO en el que insistía: "Portugal não pode passar por alto sobre a exclusão da Espanha, potência vizinha ao longo de todas as fronteiras terrestres de Portugal e cuja ausência debilitaria o papel que a Península Ibérica, bloco estratégico da mais alta importância, poderia ser chamada a desempenhar". Dos días después Dean Acheson, secretario de Estado norteamericano, negaba, con todo, la posibilidad de la entrada de España en el Pacto Atlántico por falta de unanimidad de los Estados miembros. Citado en César Oliveria, *Cem anos ñas relações luso-espanholas. Política e Economia*, Lisboa, Edições Cosmos, 1995, p. 104.

⁽¹⁰⁾ Véase International Marxist Group, *Portugal-Spain: towards de iberian socialist revolution*, Londres, IMG Publ., 1975; y, American Committee for Iberian Freedom, *Spanish Election News*, New York, ACFIF, 1977.

⁽¹¹⁾ C. Oliveria, *Cem anos nas relações luso-espanholas*, pp. 212-214.

durante el primer franquismo. En los años 1950 aprovechando una serie de viajes privados por Castilla, Galicia y Portugal escribió una lúcida reflexión sobre la realidad peninsular que resume a la perfección los rasgos fundamentales de la mirada sobre Iberia que había sido operativa en Barcelona y en Cataluña⁽¹²⁾. Cerramos con *Gaziel* en la medida que entendemos que si la frontera es el problema para una comprensión entera de Iberia, el viaje ha sido, a menudo, un remedo de solución. Son los espíritus libres y atentos a los matices que viajan por tierras de Portugal y España, de Miguel de Unamuno a *Gaziel*, los que acaban sintiendo la íntima concordancia de ambas naciones, a la par - otra vez la paradoja - que sus destinos definitivamente independientes.

Iberia, entre la posibilidad del progreso y la certeza del desconocimiento

Desde mediados del siglo XIX hasta, como mínimo, los años treinta del Novecientos, Iberia aparece en las prácticas discursivas de las corrientes avanzadas de la política española asociada a la idea de progreso y de modernidad propiciadas en y desde el interior. En la década de 1850 cuaja en sociedades como la madrileña Liga Iberista o en las mentes febriles de personajes como Sinibaldo de Mas y Sans. La dialéctica revolución/ / reacción está dando paso, lentamente, a una coyuntura en la que el horizonte parece ser el del inevitable aunque lento éxito del liberalismo constitucional, tanto en sus variantes más moderadas como en las más extremadas⁽¹³⁾.

Sinibaldo de Mas es un personaje singular. Viajero impenitente resulta ser un individuo fascinado por la lectura de los relatos de uno de los primeros agentes colonialistas surgido de la Barcelona ilustrada: Domingo Badía, más conocido como Alí-Bei-el Abbasi⁽¹⁴⁾. Mas, como

⁽¹²⁾De hecho, este artículo toma en préstamo el título del volumen dedicado al recorrido por la fachada atlántica de la península: *Gaziel, La península inacabada*, Barcelona, Selecta, 1961.

⁽¹³⁾Germán Rueda, "Tor qué el 'iberismo' del siglo XIX", en *Portugal e o mundo*, pp. 265-300.

⁽¹⁴⁾Domingo Badía y Lebllich, *Viajes de Ali Bey*, ed. completa con todos los viajes, láminas y mapas realizados por el mismo autor, Barcelona, Óptima, 2001. Primera edición en París, 1814.

su predecesor Alí-Bei, es un hombre estrechamente conectado con los intereses económicos surgidos durante la transición del viejo al nuevo orden social y económico, un geógrafo, etnólogo, lingüista y artista al servicio del proyecto ilustrado y liberal. Siguiendo la estela de Alí-Bei, Mas ha llegado hasta Extremo Oriente y ha regresado de él con una percepción particularmente atenta a las lógicas supranacionales: conviene tenerlo presente, no se ocupó únicamente de elucubrar sobre Iberia. Desde su *Informe sobre el estado de las islas Filipinas* (1843) a sus libros publicados en París con los elocuentes títulos de *L'Angleterre, la Chine et l'Inde* (1857) o *La Chine et les puissances chrétiennes* (1861), pensó el mundo de la antepasada centuria como un *puzzle* de civilizaciones en el cual, por razones de eficacia económica, de coherencia política y de progreso social era factible, e incluso deseable, intervenir para remover las piezas y alterar la composición y el orden de las mismas.

Idénticas razones le llevaron a pensar en un horizonte de su peración de fronteras en la vieja Europa, le animaron a sugerir una hipotética descomposición del imperio manchú o, en *La Iberia* (1852), a sostener la conveniencia de un proyecto que pudiera llevar a la culminación lógica, en este extremo occidental del continente, la restauración de una primigenia unidad de origen divino que habría sido puesta en cuestión por las acciones temerarias de los hombres. Hay, no cabe duda en Sinibaldo de Mas, y en su traductor al portugués, José María Latino Coelho, una relectura laica del ciclo bíblico. El pasado y el futuro se confunden en una narración cerrada. En el origen de todo se encuentra una creación inocente: Dios ofrece a los hombres algo muy similar al Paraíso en la Tierra; desde luego, la mirada de Mas es etnocéntrica e ibérica, está pensando en Europa y en Iberia. Lamentablemente se produce la caída en el pecado. Las pasiones humanas llevan a la fractura de la humanidad y a su cruel consecuencia, la guerra. En Iberia, la voluntad de poder, la ausencia de humanidad para con el hermano, comportaron, siglos atrás, la ruptura de la unidad y por lo tanto al enfrentamiento entre realidades para las que el Creador habría diseñado un espacio complejo pero perfectamente delimitado por la naturaleza: la condición peninsular. El tercer momento del largo ciclo es el que coincide con la llegada del Redentor - en este caso, encarnado en los plurales voceros del progreso. La redención, la promesa del final de los tiempos siempre tiene algo de restauración del paraíso perdido: Iberia. El relato íbero se presenta, en Mas, antes y después, como un ejercicio de razón despojada de

prejuicios - nacionales, étnicos, culturales. En realidad, como buena parte de las narraciones emancipadoras, no es más heredera de dicha razón ilustrada que de la Biblia y la tradición judeo-cristiana. Aunque, y las palabras de Latino Coelho, lo expresan con nitidez, combine ambas: "La civilización tiende visiblemente a realizar el grande pensamiento del cristianismo, fundiendo en una sola familia las ramas dispersas y rivales que salieran de una común estirpe, y reduciendo a todas las naciones, aun aquellas entre las cuales reinan todavía antipatías y zelos, a una gran comunión, a una gran nacionalidad, a un único pueblo: a la humanidad cristiana".⁽¹⁵⁾

Lo significativo del caso, se sostendrá en *La Iberia*, es que no es el criterio emanado del Evangelio el que está haciendo posible esta (re)asunción de la unidad primera. La paradoja radica en que sea "la necesidad de alargar la esfera de los goces físicos y morales" lo que está llevando a la humanidad a desplegarse por todo el mundo y a replantearse las fronteras recibidas. Las lógicas cooperativas - también las imperiales -, entroncando con las raíces cristianas, abren las puertas a la superación de los enfrentamientos, en una perspectiva kantiana que le lleva a contemplar la perspectiva federativa como un camino hacia la paz universal. Kant no está sólo. Mas y Latino Coelho pueden sumar al mismo, en apoyo de sus tesis y en un proceder completamente ecléctico a Charles Irénée Castel, Abate de Saint-Pierre; a Jean-Jacques Rousseau o a Jeremy Bentham - el peso del utilitarismo es más que evidente en Mas. Es en esa lógica que inscribe su *Iberia*.

En el camino de la república europea hay obstáculos, claro está. El primero de ellos, los gobiernos "que son siempre los más interesados en perpetuar el egoísmo nacional, so color de patriotismo y de amor por las tradiciones gloriosas del país a que pertenecen"¹⁵ ⁽¹⁶⁾. Pero son barreras que acabarán por superarse. La fuerza de las circunstancias, en este caso más las históricas que las geográficas, se impondrá. Portugal, se argumenta en *La Iberia*, es una comunidad política agotada por múltiples y seculares empresas. Ha llevado la civilización y el progreso hasta los confines de la cristiandad; pero ha quedado, tras tanta lucha, exhausta. Sus energías,

⁽¹⁵⁾ LÆ *Iberia. Memoria sobre las ventajas de la unión de Portugal y España*. Segunda edición corregida y aumentada por su autor en enero de 1853, Madrid, Imprenta y Estereotipia de M. Rivadeneyra, 1853, p. 3; del prólogo.

⁽¹⁶⁾ *Ibidem*, p. 4.

en un anticipo de lo que constituirá el núcleo organizador del pensamiento regeneracionista español cuatro décadas más tarde, han llegado a un punto en el que no pueden asegurar ni la independencia interior ni la presencia exterior. Hay que injertarle - y la fórmula es pasmosamente similar a la empleada por los regeneracionismos finiseculares - "sangre nueva". O, para decirlo con una metáfora también muy del gusto finisecular y, como señaló José Álvarez Junco, de inequívocas referencias seminales, hay que hendir el arado que surca la tierra: "En su suelo creció y prosperó con tanta lozanía el árbol de la heroicidad; que la tierra, esterilizada, solo puede brotar yerbas inútiles o dañinas. Es preciso que un arado robusto le surque profundamente, y que un abono provechoso le restituya de nuevo su antigua fertilidad"⁽¹⁷⁾.

Uno de los rasgos que ya se detecta a mediados de los años 1850 - cuando todavía el catalanismo no era otra cosa que el nombre con el que se designaba al cultivo entusiasta de una lengua poética y de una memoria de las libertades del pasado en las aproximaciones catalanas a Iberia - en las respuestas que desde Portugal se reciben a las insinuaciones iberistas asociadas a la evocación peninsular es la problemática inserción de los catalanes en una España moldeada desde Castilla. Curiosamente?, y quizá para compensar lo que empezó siendo un rumor y acabó convirtiéndose en una certeza, Mas dedicará unas cuantas páginas a poner en evidencia que la presencia de ministros y generales de las distintas regiones del país mostraba lo contrario: que la toma de decisiones en España no se hacía en beneficio de unos o de otros y, en ningún caso, del centro. En todo caso, afirmaba, Andalucía tendría mayor presencia en los ámbitos de poder; mientras que los intereses económicos que definen la agenda española serían los catalanes - protección a sus manufacturas -, y, finalmente, que las revoluciones se hacían en las provincias ante la inactividad de Madrid⁽¹⁸⁾. No era la periférica, parece sugerir Mas a sus lectores lusitanos, una condición penalizada.

Reflejo de la popularidad que en esos momentos tenía la voz Iberia, y de la identificación entre ésta, libertad y progreso, sería el hecho que cuando, el 15 de junio de 1854 aprovechando la coyuntura favorable de la apertura del Bienio Progresista, el liberalismo avanzado saca a la calle

⁽¹⁷⁾ *Ibidem*, p. 9. J. Álvarez Junco, *Mater Dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Taurus, 2001.

⁽¹⁸⁾ *La Iberia*, pp. 54-63.

un diario lo hace bajo la cabecera de LA IBERIA: "el nuevo campeón de las ideas liberales". La independencia nacional, las instituciones representativas, la religión, la moralidad en política y las virtudes privadas son otras tantas banderas que dice sostener la redacción del periódico⁽¹⁹⁾. Un periódico que, a pesar de tener una crónica europea relativamente extensa, en su primer número no alude en ninguna ocasión a Portugal y sólo un par de veces a la península. Iberia no es Iberia. Es España, sin más. Una España liberada de la reacción y con las puertas del progreso abiertas de par en par. Ese es el uso real - el más habitual - de Iberia en la política española del momento. Iberia surge como voz política en el horizonte del liberalismo constitucionalista. Precisa, para ello, de una lectura mítica del pasado. Ciertamente. Pero eso no es un obstáculo. El liberalismo avanzado es, en España - como en Portugal -, ferozmente historicista; tanto como municipalista⁽²⁰⁾. Lo es hasta excavar en los sustratos más antiguos de la narración peninsular, pasando por todo un ayer indómito de resistencias al invasor, de orgullo sagrado a las fuentes de la libertad local.

El legado de los años cincuenta tendrá dos líneas de desarrollo posterior. Por un lado, la herencia dejada entronca con el despliegue de las teorías federalistas de factura internacionalista y estrechamente emparentadas con la aparición del primer republicanismo de corte socialista. El citado camino tendrá transeúntes a ambos lados de la frontera, desde una Antero de Quental o un Magalhães Lima a un Fernando Garrido - exiliado desde mediados del Ochocientos, y en varias ocasiones, tanto en Lisboa como en Porto, en donde pergeña algunas de las tesis sostenidas en *Los Estados Unidos de Iberia* (1881). El poso historicista subsiste en todos ellos, cierto; pero se trata, en términos generales, de demócratas que sostienen proyectos constructivistas y que, por ese mismo rasgo definidor, pueden hacer el tránsito a la *latinidad*

⁽¹⁹⁾ *La Iberia*, Diario liberal de la mañana, 15 jun. 1854.

⁽²⁰⁾ Vitor Neto, "Iberismo e municipalismo em J. F. Henriques Nogueira", *Revista de História das Ideias*, vol. 10, 1988, pp. 735-768. A. Duarte, "El municipio republicano: sostén de la democracia y refugio en la tempestad", en Carlos Forcadell y M. C. Romeo (eds.), *Provincia y nación. Los territorios del liberalismo*, Zaragoza, Instituto Fernando el Católico, 2006, pp. 101-119, y "Localismo y nación en las culturas políticas de la Cataluña del siglo XIX", *Alcores*, vol. 3, 2007, pp. 83-104.

sin grandes obstáculos, recurriendo de manera mucho más episódica, puntual y deslabazada a la Iberia mítica. La Federación es un proyecto de futuro, más próximo al cooperativismo y a la libertad que al oficio y el fuero; animado, por tanto, por actores sociales, culturales y políticos inéditos. El fracaso de 1873, el de un federalismo ahogado, entre otras razones, por la pasión cantonal, esterilizó, por un largo tramo de tiempo la evocación de una Iberia pre-política para proyectos de naturaleza política. En buena medida, por las mismas razones que liquidó, para décadas, la posibilidad republicana en España. Eso sí, ni impidió ese lazo ibérico que constituía el exilio, ni evitó que Teófilo Braga o Teixeira Bastos escribieran muy a menudo en la prensa republicana y catalanista, ni hizo que en el federalismo, condenados al ostracismo, se hicieran proposiciones a Iberia. Recordemos una de ellas. Se celebró en la Barcelona de mayo de 1883 un congreso regional republicano-democrático federal. Los delegados asistentes aprobaron con entusiasmo una proposición que empezaba con una serie de considerandos: el de la consanguinidad con el pueblo portugués, el de la coincidencia en las fases de desarrollo histórico y político, el del interés europeo y la complementariedad de la vida marítima y colonial. Era en base a esos datos que llamaban a los federales catalanes a aspirar a un pacto entre los antiguos estados "que cobija la Península" para pasar, mediante rápidos pasos, de una Federación Ibérica a otras de Greco-latina (sic) y Mediterránea. Fantasías esporádicas -¿irrelevantes? - que concebían el orden europeo como una suerte de círculos concéntricos perfectamente armonizables. La Península, Iberia, era uno de los intermedios⁽²¹⁾.

Compensando este cariz disminuido, Iberia se plasma con algo más de fuerza, y va más allá de una España - o de una Portugal - liberada de las ataduras de la reacción, cuando se adentra en el ámbito de lo cultural. Es la estela de Marcelino Menéndez Pelayo y de Joaquim Pedro de Oliveira Martins. En Barcelona, la capital catalana, se concretan muchas de esas empresas que popularizan la "civilización ibérica" patrocinada por Oliveira Martins. Son numerosos los literatos y artistas que dicen reconocerse en un sustrato fraterno, el que une, a partir del

⁽²¹⁾ Proposición presentada por Carlos Saornil, Alberto Camps, Miguel Vilá, Miguel Guansé y Puig, Valentín Cornet Juncadella, Castells, Luciano Navarro y Evaristo Ullastres. Cf. *Reunió y treballs del Congrés Regional Republica-Democràtic Federal de Catalunya. Maig 1883*, Barcelona, E. Ullastres edit., 1883, pp. 228-229.

común poso clásico - para ser precisos, homérico -, a Luís de Camões y a Miguel de Cervantes. La imagen es recogida por la prensa con pretensiones intelectuales. El día de Reyes de 1883 aparece en Barcelona el primer número de un "semanario científico, literario y artístico" que se identifica con la cabecera LA ILUSTRACIÓN IBÉRICA. La publicación, muy conocida en su época, prolongará su existencia durante 730 números, hasta el 31 de diciembre de 1898, el último día del año del Desastre. Se dice "redactado por los más reputados escritores de España y Portugal e ilustrado por los mejores artistas del universo". Fue editada por Ramón Solís, dirigida por Alfredo Opisso y constituye un preclaro ejemplo del iberismo cultural al uso durante la Restauración. Destacan, dirán todos los catálogos, sus excelentes grabados de retratos, reproducciones de obras pictóricas, paisajes, edificios monumentales, personajes históricos, estampas costumbristas y de culturas y civilizaciones extranjeras. Incluía anuncios publicitarios y un grabado de gran tamaño tirado aparte para su posible colección. Entre sus colaboradores abundan más los españoles que los portugueses.

Las revistas ilustradas, orientadas a un lector de clases medias y altas, capaces de llegar a un público femenino, vendidas también en Iberoamérica, no resuelven el problema central, el del desconocimiento profundo. En la Salamanca de setiembre de 1905, ante el auditorio que llenaba el Teatro Bretón, en la sesión de clausura de los juegos florales organizados por la asociación Gente Joven, Unamuno se lamentaba de su ignorancia. De la suya, no la de sus oyentes. En concreto, se dolía de no haber sabido, en su momento, del "gran poeta portugués don Eugenio de Castro". Ponía en evidencia algo más significativo. Para saber de su poesía había tenido que ir a una traducción hecha en Argentina "es decir, que conocía a un poeta que canta aquí, en la vecina Coimbra, después de pasear por el continente americano". Más tarde, seguía Unamuno, leyó sus poemas en portugués y habló, a menudo, con de Castro, a orillas del Mondego, el río cantado por Camões, entre otras cosas... "de la leyenda ibérica". Culmina Unamuno haciendo un canto a no vivir de espaldas, a conocerse, a ir. Ese es el tema. Ir y venir⁽²²⁾.

(22) Discurso recogido en Miguel de Unamuno, *Discursos y artículos, Obras Completas IX*, edic. Manuel García Blanco, Madrid, Escelicer, 1971, p. 167. Para Unamuno e Iberia, Antonio Bartolomeu Jácomo Ferreira, *El "iberismo filosófico" en la perspectiva de Miguel de Unamuno*, Salamanca, Universidad Pontificia de

Iberia y el misticismo catalanista

Si a mediados del Ochocientos, Iberia es asociada a la perspectiva de triunfo del liberalismo y la paz, el federalismo y la plena transición a la modernidad, la recuperación de Iberia en el tránsito del Ochocientos al Novecientos estará marcada por el misticismo catalanista y por la hegemonía de la idea de las nacionalidades.

Hay, en este reciclaje, dos momentos perfectamente diferenciables. Uno, primero, en el que la motivación cultural se impone. ¿Qué hay dentro de "la moderna Espanya o Iberia" se preguntará, equiparando ambos conceptos, Antoni Rubio i Lluch en 1891. Este helenista miembro de un linaje de eruditos estrechamente asociado, desde el ámbito de la cultura, al desarrollo del moderno catalanismo cultural, resuelve la respuesta recurriendo a la filología⁽²³⁾. Hay tres naciones, las únicas que han tenido vida oficial, las únicas que han avasallado en el exterior, las únicas que combaten por preservar su fisonomía: la que quedó fijada en el romancero y en el *Cantar del Mío Cid*, la que tuvo su primera gran expresión en la *Crónica* de Ramon Muntaner y la que se dio a conocer en toda su potencia con Os *Lusíadas*. Esos monumentos poéticos habrían dejado claro que Iberia, por su posición, permitía la eclosión de tensiones hacia Occidente y hacia Oriente. Si el Mediterráneo había sido la salida, el horizonte de posibilidad de realización de Iberia hacia el Este, hacia el contacto con los orígenes, el Atlántico habría ofrecido una puerta abierta al futuro, a lo desconocido, a lo Nuevo. El linaje castellano habría heredado las grandezas de las estirpes hermanas de las que se habría convertido en dominadora. Iberia, a menudo confundida/identificada con Hispania, con España, es tan realidad como las naciones que la forman. Rubio no pone el acento en la posibilidad de modificar el contenedor - Iberia. En todo caso, de adecuarlo para que sea consciente de lo que contiene: las culturas portuguesa, castellana, catalane!/,....

Salamanca, Facultad de Teología, 2002. Ver ese "ir y venir" en *Por tierras de Portugal y de España*, Madrid, V. Prieto, 1911. En 2010 se ha publicado una tercera edición en portugués de *Portugal, povo de suicidas*, selección de textos de Unamuno a cargo de Rui Caeiro, Lisboa, Abismo, 2010.

⁽²³⁾*La Veu de Catalunya*, 1.11.1891, p. 4. Albert Balcells, *Antoni Rubio i Lluch, historiador i primer president de l'Institut d'Estudis Catalans*, 2008.

Si la erudición la aporta Rubio, la poética la pondrá Joan Maragall. De 1906 es su *Himne Ibéric*. Siguiendo los parámetros más clásicos, el himno constituye un recorrido por todo el territorio peninsular. Empieza allí donde las agujas del reloj inician el recuento de las horas, en el norte, en Cantabria. Es, para otros autores, los que ponen el acento en la historia, allí donde se refugió la cristiandad y desde donde se procedió a la recuperación de la península. No es el caso de Maragall. Él recurre a los elementos físicos, a la naturaleza. La cornisa cantábrica será, pues, el espacio en el que tierra y mar chocan abruptamente. El lugar en el que se produce otro génesis, no el de la nación sino el de la propia creación. Desde ese punto, y siguiendo la costa, Maragall desciende. Pero no en el sentido de las agujas del reloj, sino en dirección inversa. El segundo paso del himno estará dedicado a Lusitania. De nuevo el mar, esta vez como posibilidad oceánica, define una tierra presidida por la esperanza y la tristeza, por el amor y la dulzura. Todos los estereotipos se recogen en apenas siete versos. La Andalucía africana da paso, en un salto espectacular, a la Cataluña entendida ya en clave cultural plenamente nacionalista y de ahí al centro, a esa Castilla ancha y sola que tiene un gran problema: no ha oído hablar del mar. El diálogo entre las periferias y el centro de Iberia ha de tener por argumento el mar, epítome de la libertad. "Iberia! Iberia! et ve deis mars la vida, / / Ibèria! Ibèria! dona ais mars Tamor"⁽²⁴⁾.

La lectura inorgánica - estrictamente mineral, en ocasiones; oceánica, en otras -, resulta imprescindible para que, al mismo tiempo y, sobre todo, en los años siguientes, el catalanismo pueda desarrollar algunos de los horizontes imperiales que tan profundamente ha analizado Enric Ucelay-Da Cal⁽²⁵⁾. Aunque ese será ya el segundo momento, el de la política en sentido pleno, el del nacionalismo de masas.

(24) Para Joan Maragall pueden consultarse, Maurici Serrahima, *Joan Maragall*, con prólogo de Jaume Lorés, Barcelona, Edicions 62, 1990; Alfons Maseras, *Joan Maragall* Barcelona, Barcino, 1936 o Eugenio Trias, *El Pensament de Joan Maragall: la crisi espiritual de Maragall el 1907*; traducción y prólogo de Jordi Maragall i Noble, Barcelona, Fundado Banco Urquijo/Edicions 62, 1982. El texto completo del Himne Ibéric puede consultarse en <http://perso.wanadoo.es/lipmic/Poecat/maragall.htm#Himne%20ib%C3%A8ric>

(25) Enric Ucelay-Da Cal, *El imperialismo catalán. Prat de la Riba, Cambó, D'Ors y la conquista moral de España*, Barcelona, Edhasa, 2003.

Iberia sería, para el susodicho nacionalismo, una pieza necesaria en la recomposición de España y de Europa. Iberia, al pasar por el filtro nacionalista catalán, pasa a ser, también, una manera de obliterar el nombre maldito, el de España. Hay ahí un riesgo de confusión - de qué estaremos hablando cuando nos referimos a Iberia, ¿de la península que queremos unida? ¿de una España que no nos gusta como tal? - que se intenta rehuir aludiendo, los cantores de la Iberia de 1900, a una península compuesta por tres grandes bloques nacionalitarios, con su correspondiente componente lingüístico y su trasfondo étnico: una unidad nacional atlántica peninsular luso-galaica, una nacionalidad central que vive acorde al espíritu castellano y el marco catalán, o pancatalán.

Cierto, otros regionalismos sostendrán sus legitimidades sobre evocaciones similares, de raíces ibéricas e incluso pre-ibéricas. Blas Infante, el padre de la patria andaluza y algo más místico, incluso, que sus homólogos catalanes, no se detiene en Al-Andalus a la hora de garantizarse un aval. Remite a la milenaria Tartessos y desde ahí avanza en el caminos de las geografías explotadas por la historia. Afectadas, todas ellas, por los procesos posteriores de: "Comunidad de raza y de historia debatiéndose en un mismo medio geográfico [que] hicieron brotar el alma española en este glorioso solar de Iberia"⁽²⁶⁾. No es menos verdad que, por su parte, el renovado republicanismo de izquierdas - el encabezado por Alejandro Lerroux o Vicente Blasco Ibáñez -, un republicanismo regeneracionista y nacionalista español que esperaba, en 1905 y 1906, que un golpe militar le hiciera el regalo de la República, atendería con nuevas y más apasionadas razones a los acontecimientos portugueses después de lo ocurrido en octubre de 1910. Pero todo ello no obsta para tener que admitir que la mayor potencialidad política y cultural del hecho ibérico quedó marcado en esos años por la eclosión del nacionalismo catalán.

Portugal es un horizonte que atrae - una alternativa a la hegemonía castellana -, pero también es un país problemático. El atractivo por el referente Iberia podía ir acompañado, en ocasiones, de un evidente desprecio por los portugueses concretos: "Els joves portugueses recorden els joves tures", diría Eugeni D'Ors aludiendo a los avatares políticos del año 1910. Esos republicanos lusos le recordarían, al catalán exigente,

⁽²⁶⁾Blas Infante, *Ideal andaluz*, 1915, por Juan Antonio Lacomba, Granada, Aljibe, 1979.

a los jóvenes españoles deseosos de ver triunfar una revolución que no comportase mayores exigencias en el orden de la transformación de las conductas personales, que no contuviese unas mayores exigencias de *civilidad*⁽²⁷⁾. En 1911, en *La Veu de Catalunya*, el diario de la Lliga Regionalista, un artículo anónimo que ha sido atribuido a Enric Prat de la Riba - autor de *La nacionalitat catalana* (1906) -, revisaba los escenarios de vecindad de España. Todos ellos provocaban, en el padre del moderno nacionalismo catalán, iguales recelos, similares desconsideraciones. Entre ellos figuraba Portugal: "De Portugal lo mismo da no hablar. Hace siglos que es un país apagado". No sólo, decía Prat, estaba falto de vitalidad, sino que, por ello mismo, era un país sometido a lógicas foráneas: "Si nosotros éramos seguidores de Francia, él es lacayo de Inglaterra. Más nos hubiera valido que de una vez hubiera devenido colonia inglesa". En consecuencia, quizá en 1640 hubiera sido un potencial contrapeso, pero ahora no llega ni a vecina: "Portugal, con todas las características de nación, está demasiado ligada a España, es demasiado semejante a ciertas regiones de España, para constituir un matiz suficientemente fuerte para significar vecindad".

Ante este estado de cosas, paradójicamente, Iberia encuentra su sentido. La salvación, para Portugal como para Cataluña, pasa por la superación de estos lastres: "Hemos de estrechar nuestros lazos con Portugal, para salvarlo junto con nosotros, para convertir en pareja amorosa lo que ahora es un cadáver que nos contamina. Hemos de tender a la reconstrucción de Iberia"⁽²⁸⁾. Uno de los rasgos definidores del catalanismo político, aquél que ponía tan nervioso a Miguel de Unamuno, el de la soberbia, aparece con toda intensidad. Cataluña, proa de Iberia. El liberalismo del Ochocientos, y su posible lectura de Iberia, no satisface ni a Prat ni al catalanismo. Hace falta otro tipo de pan - el del fervor nacionalista - para saciar la distancia objetiva que separa la mitología de nación de la disminuida realidad presente⁽²⁹⁾.

⁽²⁷⁾Eugeni D'Ors, "La joventut italiana davant la revolució portuguesa", en *Glosari 1910-1911*, Barcelona, Quaderns Crema, pp. 322-326.

⁽²⁸⁾Artículo publicado en *La Veu de Catalunya* el 4 de mayo de 1911 y atribuido a Prat de la Riba en E. Ucelay-Da Cal, *El imperialismo catalán*, pp. 678-679.

⁽²⁹⁾ He de reconocer que la imagen me ha venido facilitada por la lectura, siempre enriquecedora, de "Psicanálise mítica do destino português". Cf. Eduardo Lourenço, *O Labirinto da Saudade*, Public. Dom Quixote, 1982, 2ª ed.

En el contexto de la primera guerra mundial, el catalanismo conservador de la Lliga elaboró un manifiesto electoral, *Per Catalunya i l'Espanya Gran*. En él se reflexionará una vez más sobre Iberia como necesidad, más que como posibilidad. La gran España no se alcanzaría hasta que se constituyese el Imperio peninsular de Iberia. Este permitiría una intervención real, no subsidiaria, "en el gobierno del mundo". Ahora bien, precisamente por ello no podía nacer de una imposición "violenta". El motor que permita su constitución es una etérea "comunidad de un ideal colectivo, del sentimiento de una fraternidad, de un vínculo familiar entre todos los pueblos ibéricos". Concretando un poco más, que los hombres de España y de Portugal se den cuenta de los males del aislamiento y, como contrapartida, de "los posibles esplendores de una fusión de sentimientos y de fuerzas". Y, desde la perspectiva del catalanismo, que esos hombres de Portugal vean que no hay política asimilista por parte del centralismo español, que no tendrán que sacrificar su patria, su idioma, su libertad interior. Que, por el contrario, podrán mantener todo ello participando al mismo tiempo de una "Comunidad mayor" que les convertirá en factor mundial⁽³⁰⁾.

Cuando uno lee esta propuesta ibérica contenida en el manifiesto citado de la Lliga tiene la impresión de hallarse ante un señuelo que se ofrece a las élites políticas dinásticas para intentar venderles las posibilidades quiméricas de un cambio de gestión de las identidades diversas en el interior de España. La ventaja adicional de Iberia en tanto que horizonte es que facilita un ideal. Y eso es, para los políticos de la Lliga, básico: "Los pueblos no se levantan de la nada, no salen de la abyección ni de la impotencia sin la acción transformadora, casi taumatúrgica, de un ideal". Ni España ni Portugal disponen de él. Pueden encontrarlo en la construcción de un horizonte ibérico.

No se ha podido plantear hasta ahora porque, en el plano internacional, suponía el combate contra Inglaterra. En realidad, el catalanismo sigue viendo a Portugal como un apéndice internacional de Gran Bretaña.

⁽³⁰⁾ El texto se publicó con cierta rapidez en castellano al incluirse en el volumen A. y A. García Carraffa, *Prat de la Riba*, Barcelona, Hijos de Domingo Casanovas, 1917, pp. 215-226. Más tarde se reproduciría en catalán en *Historia d'una política. Actuacions i documents de la Lliga Regionalista. 1901-1933*, Barcelona, Biblioteca de la Lliga Catalana, 1933, pp. 176-186. Ha sido glosado, extensamente, por Enrie Ucelay Da Cal en *El imperialismo*. En lo referente a Iberia en pp. 730-732.

Ahora, en el contexto de una guerra que pone de relieve la centralidad del problema de las naciones, la Gran Bretaña preferirá un aliado fuerte y completo.

Iberia en guerra

El campo del nacionalismo catalán, a esas alturas del siglo, no se limitaba a la Lliga. El 10 de abril de 1915 se presentaba en Barcelona la revista *Iberia*. Se trataba de una publicación impulsada por antiguos seguidores de la izquierda catalanista y de la más veterana, e intransigente, Unió Catalanista. La publicación, sostenida mediante los recursos económicos aportados por un industrial francés residente en la capital catalana e impulsada logísticamente desde París, nacía con la intención de defender la causa de la Entente en la Guerra Mundial. La finalidad era aprovechar las circunstancias del colapso europeo para propiciar, con el fin del conflicto, la caída de la monarquía y la reforma del Estado. El director era Claudi Ametlla y figuraban, en el núcleo de redacción, algunas de las plumas más brillantes del periodismo y las letras catalanas: Eugeni Xammar, Romá Jori, Prudenci Bertrana, Feliu Elias o Antoni Rovira i Virgili.

El dilema que enfrentaban, desde el inicio de las hostilidades de la Gran Guerra, tenía un perfil definido: "Contra el espíritu y la libre y ágil inteligencia de los latinos avanza un ideal que persigue el mayor volumen posible en la mayor perfección mecánica". En el Tibet los hombres pueden permanecer ajenos a dicha confrontación. En Cataluña, decían, no. El Estado puede optar por la neutralidad. La ciudadanía, en ningún caso⁽³¹⁾. Pues bien, dado que se trataba de construir un relato sobre Europa y la guerra, sobre la civilización occidental y sus riesgos, no exactamente desde abajo sino desde los límites exteriores de los marcos institucionales, se recurría a *Iberia*. Apelando a Romain Rolland la explicación del ámbito territorial era la siguiente: "Estamos, pues, en los días justos para llenarnos de nosotros mismos y echar en la actual exaltación de los pueblos, nuestra personalidad, la de estos tres núcleos

^m *Iberia*, 10 abr. 1915, 3.

espirituales que tienen en el catalán, el castellano y el portugués su expresión evocando el viejo y ardiente nombre de Iberia".

En el primer número de *Iberia*, y junto a la habitual declaración de intenciones de la redacción, figuraba un artículo de fondo debido a Unamuno. Recordaba el rector de la Universidad de Salamanca los tiempos finiseculares en los que, en correspondencia con el poeta catalán Joan Maragall, habían llegado a contemplar la edición de otra publicación que llevase esa cabecera e incluso que se editase en Salamanca por hallarse esta ciudad más cerca de Portugal. Hablaba Unamuno no de iberismo político, no de un proyecto u otro de articulación peninsular de los dos estados. Lo que Unamuno entendía por Iberia era, otra vez, la posibilidad de un "común espíritu ibérico" a partir del (reconocimiento de la pluralidad de las lenguas de sus pueblos. En rigor, Iberia como una posibilidad de entendimiento. O de disentimiento, pero de discrepancia, dado el caso, doméstica. Se trata de una posibilidad que ha abierto la guerra - en realidad, como una suerte de respuesta a la propaganda germánica, y germanófila, en España - pero que, desea, debería prolongarse en la paz. No tanto para ir más allá de un conocimiento más exacto de la complejidad y, sobre todo, para evitar "que nadie de fuera venga a querer organizamos"⁽³²⁾.

La ventaja adicional de Iberia, concebida al margen de concreciones iberistas, es que dejaba de ser incompatible con otras geografías míticas muy del gusto de catalanistas y de algunos de sus amigos portugueses. Las que evocan, por ejemplo, el provenzalismo o la más amplia y extensa del latinismo⁽³³⁾. Si la metáfora latina es líquida, mediterránea; la ibérica, como la provenzal, es sólida.

Entre las tareas que asumió *Iberia*, mucho más radicalmente aliadófila que su homóloga en Madrid, *España*, se hallaba la de apoyar a un auténtico bluff propagandístico: el de los voluntarios catalanes;

⁽³²⁾*Iberia*, 1-10 abr. 1915, p. 3. Para el contexto, Edmundo González-Blanco, *España ante el conflicto europeo. Tres estudios: iberismo y germanismo*, Valencia, Cervantes, 1917.

⁽³³⁾ En el primer ejemplar de *Iberia* salían artículos como *El lazo de la Provenza*, de Romá Jori (6-7), junto al que llevaba por título *A federação* de S. de Magalhães Lima; en referencia a una federación latina como garantía del triunfo de la democracia como principio organizador de las sociedades europeas: las afinidades de raza no se limitan a Iberia, llegan a Francia y a Italia.

es decir, la presencia de soldados de origen catalán encuadrados en el ejército francés. Se trató de emular, con nulo éxito real, aunque con una nada desdeñable eco propagandístico, la presencia de una Legión checa sostenida por nacionalistas bohemios. En cualquier caso *Iberia* se convierte en un anclaje de la aliadofilia catalana. Una reflexión se impone, en el resto de España el canal de expresión de los intelectuales aliadófilos es la revista *España*, en Cataluña es *Iberia*. Como decíamos en el epígrafe anterior, *Iberia* soluciona el problema de no tener que hablar de España⁽³⁴⁾.

Ahora, además, permite un ingenioso juego de palabras en relación a la posición exacta frente al conflicto militar. Los posicionamientos aliadófilos de los nacionalistas catalanes en relación a la guerra europea se hacen "d'Ibèria estant". Es decir, desde las páginas de una revista que adopta esta cabecera y desde esta península del continente; obviando la posición - neutral - que se toma desde España⁽³⁵⁾.

En el momento del triunfo de los aliados en la Primera Guerra Mundial las expectativas - en realidad las fantasías - de muchos catalanistas se dispararon. Parecía posible que fuera todo el continente el que, haciéndose eco de la llamada wilsoniana a la aplicación del derecho de autodeterminación, se recompusiese. Esa recomposición había de facilitar la liberación de Cataluña del yugo castellano y el establecimiento de nuevos horizontes ibéricos y europeos. "Aquella Catalunya mediterrània, germana de la Provença, aquella terra de la llibertat, aquella federació enemiga de l'esclavitud deis pobles que s'alça avui a renovar l'Espanya decaiguda, amb el somni d'una nova Ibèria, i amb el somni més vast d'una lliure Federació de les Nacions d'Europa"⁽³⁶⁾. *Iberia* no podía, pues, no expresarse como un sueño, como un territorio ideal producto de un entusiasmo onírico. Lo sabían. Y, sin embargo, lo usaban.

⁽³⁴⁾ Edición facsímil de *España*, Vaduz, Topos Verlag, 1982. Para *Iberia*, véase Maximiliano Fuentes, *El campo de fuerzas europeo en Cataluña*. Eugeni D'Ors en los primeros años de la Gran Guerra, Lleida, Pagès, 2010, pp. 102-103. David Martínez Fiol, *Els "voluntaris catalans" a la Gran Guerra, 1914-1918*, Barcelona, Abadía de Montserrat, 1991, com prologo de Enric Ucelay Da Cal.

⁽³⁵⁾ I. L. López Picó, "Précisant més", *Iberia*, 2-17 abr. 1915, p. 9.

⁽³⁶⁾ M. Navines, "El Triomf", *Els Amics d'Europa*, vol. 23 (11.1919), p. 3. El provenzalismo ha sido objeto de análisis minucioso en August Rafanell Vall-Llosera, *La illusió occitana: la llengua deis catalans, entre Espanya i França*, Barcelona, Quaderns Crema, 2006, 2 vols.

Por unos momentos pareció que la lírica podía dar paso a la política. Dependía que ello fuera así - o eso creían - de cómo se concretase la naciente Sociedad de Naciones. En la Barcelona de enero de 1918 sale a la luz el primer número de una revista que lleva la cabecera de *Messidor*. Éste es el nombre de la villa de Lausana en la que tiene su sede la *Union des Nationalités*, creada en 1913. Se trata de una entidad orientada a estimular, coordinar y dar visibilidad a una agenda de las nacionalidades sin Estado en la Europa que va a vivir la crisis de 1914. Bien, en la hora en la que el horizonte de la victoria de los aliados se adivina próximo, en el *Messidor* barcelonés, dirigido por Pau M. Turull Fournols, se hacían eco de la problemática de la nacionalidad en Iberia. En marzo de 1918 la publicación dedicó dos números a Portugal. La misión del catalanismo - misión histórica, se entendía - era la de atraer Portugal a la Gran Iberia y, lo que en esa coyuntura resultaba mucho más determinante, alcanzar de esta manera un primer embrión federativo de la Sociedad de Naciones. En realidad, y como en anteriores ocasiones, se expresaba un deseo que no tuvo mayor capacidad de atracción. Fueron las simpatías aisladas de algunos prohombres de la cultura y la política portuguesas - Teófilo Braga - las que acudieron al reclamo⁽³⁷⁾.

En los años posteriores a la Gran Guerra la activación de Iberia en los medios nacionalistas catalanes corrió de la mano de un intelectual que operaba como mano derecha de, quizá, el político catalán de más talla de la primera mitad del siglo XX: Francesc Cambó. Dicho intelectual era el mallorquín Joan Estelrich. Éste, entre noviembre de 1919 y enero de 1920 publicó en *Messidor* una serie de alto valor explicativo. Llevaba por título *Escandinavia e Iberia*, y como subtítulo, el de *Paralelismos políticos*. Efectivamente, el ejercicio tenía un gran interés. Por dos razones. En primer lugar por lo que tiene de establecer una equiparación entre dos geografías peninsulares europeas, dos extremos que presentan, en su seno, una continuidad geográfica innegable, que constan en el mapa físico como una pieza única. Sobre ese sustrato, la existencia de rasgos compartidos que les hacen ser una parte de Europa percibida,

⁽³⁷⁾T. Braga, "Qué és l'iberisme?", en *Messidor*, vol. 5 (III.1918), pp. 64-66. Véase un completo análisis de las circunstancias de ese momento ibérico en X. M. Núñez Seixas, *Internacionalitzant el nacionalisme. El catalanisme polític i la qüestió de les minories nacionals a Europa (1914-1936)*, Afers, Barcelona-Catarroja, 2010, p. 70 ss.

incluso desde el exterior, como un todo. Y, sin embargo, tanto en un extremo como en el otro nos hallamos ante más de un Estado, más de una vocación política, más de un sujeto de soberanía. La concreción, tras la independencia de Noruega, de esta multiplicidad de ámbitos de decisión política no liquida la unidad sustantiva de Escandinavia. He aquí las posibilidades que, convenientemente exploradas, facilitarían una vía de recomposición intrapeninsular que favoreciera los destinos de Cataluña⁽³⁸⁾.

En mayo de 1919, la Unió Catalanista intentaba hacer llegar, a la conferencia de Versalles un memorándum reivindicativo en defensa de los derechos nacionales de Cataluña. Esta vez en clave ibérica y confederal. Se hizo llegar dicho texto al delegado portugués en la conferencia, Afonso Costa, así como al ministro de Instrucción Pública, Leonardo Coimbra. El documento ni tan solo fue presentado en París. La diplomacia portuguesa se limitó a ponerlo en conocimiento de sus colegas españoles. Iberia no se trasponía al terreno de la razón de Estado.

La Nueva Iberia o la revolución

En los epígrafes anteriores hemos venido haciendo referencia a las apelaciones a Iberia que se insertan, mayoritariamente, en la lógica de un liberalismo que aspira a la culminación del progreso mediante la recuperación de una geografía primigenia o a las pasiones nacionalistas que anhelan lo que no son en materia de Estado. Existen, sin embargo, otras coyunturas en las que Iberia, antes incluso que la formulación de proyectos iberistas, resurge como una geografía idónea. Me refiero a coyunturas revolucionarias, tiempos en los que el riesgo - visto en positivo - de colapso del Estado sugiere la posibilidad de un movimiento sísmico que permita a los estratos geológicos fundacionales resurgir.

Es el caso, por ejemplo, de la Barcelona de 1937. En plena guerra civil, en medio de un debate sobre la necesidad de priorizar la revolución o la guerra, sale a la calle, inspirada por el Partit Socialista Unificat de Catalunya, la *Nova Ibèria*. Se trata de una publicación teórica, no de una gaceta que recoja los avatares del combate sino de un órgano que

⁽³⁸⁾J. Estelrich, "Escandinàvia i Ibèria. Parallèlismes politics", en *Messidor*, vols. 22-23-24 (XI y XII.1919 y 1.1920).

diseñe el sentido del futuro emancipado. En enero, el doctor Félix Martí Ibáñez, abría un artículo sobre medicina situando al lector: "A Catalunya, proa roja de la nova Iberia, correspon l'honor d'haver obert entre les escumes revolucionàries el sole d'un nou camí en tots els ordres vitals". La metáfora es de gusto inequívocamente peninsular. Iberia es el territorio situado entre dos mares que tiene, por ello y a pesar de los poderes que en la historia han sido, un futuro, un proyecto común. La proa, en este caso, se encuentra en Cataluña, en la fachada mediterránea. Es ella la que marca el rumbo. En materia de nueva organización sanitaria y de atención médica - promesa feliz de una Iberia sana y libre - como en todos los órdenes de la vida. La revolución ha sido un hecho. El colapso de las viejas realidades sociales se ha producido y, con ellas, la de los Estados⁽³⁹⁾.

En realidad y visto desde el campo republicano, ¿no estaba Portugal inmersa en la guerra civil? ¿no apoyaba, el Estado que no el pueblo, a la reacción española? La relación entre Portugal y España en los años treinta es bien conocida por nuestro protagonista. Es un hombre informado. Sabe que en 1931, y tras un paréntesis de buenas relaciones, los caminos entre los dos Estados peninsulares se han vuelto a separar. Desde 1930, con el asentamiento de las bases del Estado Novo, la deriva portuguesa se distancia de la española. En esta parte de la frontera, el 14 de abril de 1931 se proclama la República, mientras que el Estado Novo tiene que hacer frente a la necesidad de derrotar a la sublevación que exiliados republicanos estaban iniciado, el día 4, en la isla de Madeira. Más adelante, la República española apoyará toda suerte de trabajos conspiratorios: desde la tentativa de sublevación militar del 26 de agosto de 1931 hasta el frustrado operativo de 1934 en el que, por parte española, se verían implicados altos responsables políticos - Manuel Azaña, Indalecio Prieto - y destacados industriales y financieros - Horacio Echevarrieta. En justa correspondencia, Portugal se convierte en un refugio para los monárquicos españoles. La aproximación que se registra con el viaje junio de 1935, organizado por Antonio Ferro, líder del Secretariado da Propaganda Nacional, no fue propiamente un acto de reconciliación entre Estados sino una iniciativa de recomposición de relaciones con un tipo de gente, desde Ramiro de Maeztu a Unamuno, que, por uno u otro camino, ya habían pensado y recorrido Iberia.

^m*Nova Ibéria*, enero 1937, pp. 23-26.

Por el contrario, lo que los impulsores de *Nova Iberia* sabían era que Antonio de Salazar se había entrevistado con el marqués de Quintanar en mayo de 1936 y estaba al tanto de la conspiración que tramaban Mola, Franco y Goded, en sintonía con Sanjurjo, instalado en Estoril⁽⁴⁰⁾. Sabían que Salazar deseaba la victoria de los nacionales; que, desde octubre de 1936, la larga frontera hispano-lusa estaba controlada por las tropas adversas a la República; que Lisboa se había convertido en uno de los principales centros de compra de la España nacional, ya sea directamente a empresas portuguesas, a empresas y fábricas europeas y norteamericanas instaladas en el país vecino o, a través de agentes comerciales internacionales con sede en Portugal; que los empréstitos fluían con generosidad a las arcas de los facciosos.

Iberia es, en este marco, una realidad al tiempo que un mito. Una voz *nueva* que se convertirá en una barrera que detendrá el fascismo en Europa; o, como señalábamos anteriormente, en la proa de la revolución entre dos mares, proyectando el combate antifascista en el Mediterráneo y sobre el Atlántico. Desde Cataluña, por otro lado y como siempre, es una manera de obviar el concepto España. Mientras el capitalismo español (sic) usa su fortuna para propagar por el mundo noticias falsas y tendenciosas - en implícita alusión al papel jugado por Francesc Cambó - la Cataluña que trabaja y que lucha da a la luz una revista que tiene por finalidad dar a conocer la palabra honrada, la verdad y lo que es justo. La nueva Iberia aparece porque, debido al cataclismo vivido en España, han caído jerarquías y se han liquidado tradiciones anquilosadas

La nueva Iberia, así entendida, deja de ser un espacio para convertirse en una realidad social nueva. En enero de 1937 la guerra ha cambiado la vida de los barceloneses. La ha intensificado. Ha llevado a la ciudadanía - o, mejor, al pueblo - a refugiarse en su condición medular, catalana. Si se hace abstracción de lo real, o de lo que aparenta serlo (desde los cafés populares abarrotados a las evasiones), se encuentra la sustancia. Una sustancia liberada de las adherencias y los postizos: "Avui la muntanya és qui fa presidir la seva supremacia racial sobre el mar

⁽⁴⁰⁾H. de la Torre, *La relación peninsular en la antecámara de la Guerra Civil de España (1931-1936)*, Mérida, UNED-Centro Regional de Extremadura, 1988. Ángel Viñas, *El honor de la República: entre el acoso fascista, la hostilidad británica y la política de Stalin*, Barcelona, Crítica, 2009.

ple d'amplària i ecos. Catalunya portará a la nova Ibèria la seva força, feta sabent escoltar el món amb la incommovilitat deis penyals que la vertebren. [...]". Iberia es algo más que una oportunidad de liderazgo; es una auténtica resurrección: "El qui sap veure, s'adona de la mort de moites coses". ¿Cuáles? Básicamente, el exotismo abierto propio de la ciudad-puerto. Lo ajeno. Iberia no es sólo una geografía, es un estado de ánimo colectivo, una espléndida palingenesia⁽⁴¹⁾.

¿Incluye Portugal? En cierta medida, sí; en cierta medida, no. En el orden de lo simbólico y de lo mítico, está claro. En el terreno del combate político no lo está tanto. Véase sino el cambio de registro que se opera en uno de los párrafos finales incluidos en el ejemplar comentado: "Una vegada més, Catalunya assenyala ais altres pobles germans d'Ibèria el carni a seguir, per tal que Espanya pugui incorporar-se, definitivament, al progrès i a la civilització. La unitat del proletariat hispànic assegurarà la victòria definitiva, i el triomf incontestable de les aspiracions obreres constituirà el valor simbòlic de la capacitat constructiva del moviment revolucionari". *Cataluña* liderando a los *pueblos de Iberia* pasa sacar del atraso, mediante la unidad del *proletariado hispánico*, a *España*... En la primavera siguiente, los hombres que daban vida a Nova Ibèria fueron protagonistas de una guerra civil dentro de la guerra civil; el comunismo ortodoxo que ellos animaban se impondría, por la fuerza de las armas y en la retaguardia, a los militantes de la FAI y a los del heterodoxo POUM - animadores inagotables de una hipotética Unión de Repúblicas Socialistas Ibéricas ⁻⁽⁴²⁾; al fin y al cabo aquellos que siempre habían identificado, ellos sí, Revolución e Iberia.

Iberia, la península inacabada

Gaziel, último eslabón del itinerario propuesto en este artículo, es el caso de viajero que, en los años cincuenta del siglo XX, cerrado el ciclo compulsivo de guerras, revoluciones e inestabilidades, a cuenta de la

(41) La vida a Barcelona, por Ramon Vinyes, en *Nova Ibèria*, gener 1937, pp. 14-16

(42) *Resoluciones aprobadas en el Pleno Ampliado del Comité Central del P.O.U.M.: celebrado en Barcelona los días 12 al 16 de diciembre de 1936*, Barcelona, Editorial Marxista, 1937.

imposición de poderes mayestáticos y dictatoriales, decide recomponer a través de los viajes *su* España⁽⁴³⁾. En paralelo a la obra de Camilo José Cela y de otros andarines de los tiempos álgidos del franquismo burocratizado, *Gaziel* labora en una clave muy determinada: la de una derecha catalanista, liberal, culta, derrotada por la revolución tanto como por el franquismo. Siente la necesidad de acercarse a España, desde Madrid, donde ha pasado a residir. Y de darla a conocer a sus lectores catalanes. Se adentra en Castilla, primero. Más tarde acude al Finisterre peninsular, a Galicia, para descender suavemente a Portugal. Hace todo ello ostensiblemente al margen de las lógicas de cooperación, más o menos conflictiva, más o menos entusiasta, entre las dos dictaduras. La de Franco y la de Salazar. De la misma manera que la frontera no es - del todo, como veremos - un obstáculo, la agenda de Iberia no tiene porque someterse a los dictados de la política del momento.

El anecdotario del viaje es lo que nos ocupa. La entrada viene marcada por el desconcierto ante la ausencia de cuidado con que los portugueses atienden, a diferencia de lo que pasa cuando vas de Madrid a Lisboa, el paso fronterizo de Valença do Minho. Aunque inicia la ruta en Madrid, él es un periférico. Muy consciente de lo abandonado que puede estar ese espacio central de Iberia que pueden ser los enclaves apartados. La ausencia de comodidades - en este caso un restaurante *comme il faut* - le lleva a expresar: "Vet aquí que, després d'haver viatjat per tant de mon i de veure-me'n de seques i de verdes, mai encara no m'havia quedat sense dinar; i ara anava a quedar-m'hi, justament a dins de la Península Ibérica, com aquell qui diu a casa mateix"⁽⁴⁴⁾. Le salvan, de tan trágico desenlace, unos viajeros catalanes. Cierta, o no, la anécdota es reveladora: Iberia es un espacio compartido; pero si un catalán se tiene que fiar de alguien será, muy probablemente, de otro catalán. Es junto a esos catalanes que cruzará el Duero que, en la evocación de *Gaziel*, recuerda al Danubio cuando éste se extiende, magnífico, por las llanuras de Hungría. La imagen no es trivial. El Duero es, a aquellas alturas de su recorrido, un río portugués; pero es, también, lo que el Danubio a la *Mitteleuropa*, un eje articulador, una fuerza que la naturaleza a puesto ahí para dotar de sentido, articular - más que separar - a los pueblos y

(43) Manuel Llanas, *Gaziel: vida, periodisme i literatura*, Barcelona, Publicacions de T Abadia de Montserrat, 1998.

^m *Gaziel*, *La península inacabada*, p. 136.

a las civilizaciones que lo rodean. Un río que sazona la tierra; un río que acaba confundándose, en el horizonte, con el Atlántico⁽⁴⁵⁾.

Pensar Iberia desde Cataluña quiere decir, ni más ni menos que, pensarla desde Barcelona. El punto de partida del observador conlleva, en consecuencia, una atención preferente al tramado urbano. El paralelismo aparece inevitable: Porto, *a capital do Norte*, suele identificarse con Barcelona. La razón, desde el catalanismo sentimental y cultural, resulta obvia. Lisboa es, como Madrid, una población capitalicia, burocrática y administrativa. Porto es, como Barcelona, la segunda ciudad de la nación al mismo tiempo que un gran centro productivo. Es a partir de este tipo de argumentos que *Gaziel*, por contraste, propone otro paralelismo: la ciudad española equiparable a Porto no es Barcelona, en el fondo una ciudad mediterránea y, por lo tanto, alegre y colorida, sino Bilbao. Porto tendría, como la ciudad vasca, "un tel de severitat jansenista, una vaga tristesa externa, que recorden la boirina jesuítica de Bilbao [...] per bé que, tant en una corn en l'altra, la barrila, sovint ben grassa, va per dins"⁽⁴⁶⁾.

El paseo por las principales avenidas de Porto le permite a *Gaziel* hacer una consideración sobre Portugal en el marco de la Primer Guerra Mundial. La geografía se confunde con la historia. Ambas, entretreídas, explican Portugal e inician la conformación imaginaria de Iberia. En buen conservador, resulta que Portugal es un pequeño país - m músculo - implicado en un conflicto que le supera por parte de *os Aliados*, nombre que adopta la avenida que enlaza con la plaza *da Liberdade*. Francia e Inglaterra serían, respectivamente, la madre del liberalismo portugués y la protectora en el sistema de relaciones internacionales. Buenos amigos que, en un momento de apuro, llaman a la cooperación a ese minúsculo aliado por razones perfectamente comprensibles, aunque costosísimas para la sociedad lusa. Es de ese coste del que quizá debería, aunque quizá no pueda, lograr escapar. Iberia como telón de fondo⁽⁴⁷⁾.

Ciertamente, el paisaje une. Los ejemplos, hasta llegar a Lisboa, son múltiples. Póvoa do Varzim, tierra natal de Eça de Queiroz le permite a *Gaziel* una evocación del paisaje físico y humano, y de la toponimia, de la costa catalana. Los contrapuntos son constantes. Un viajero catalán

⁽⁴⁵⁾*Gaziel, La península inacabada*, p. 137.

⁽⁴⁶⁾*Gaziel, La península inacabada*, p. 140.

⁽⁴⁷⁾*Gaziel, La península inacabada*, pp. 142-144.

en Portugal quiere, aunque no le entiendan, sentirse en el otro extremo de Iberia.

Los paralelismos los facilita, también, el pasado. Al pasar por Braga asegurará que la geografía y la historia plantaron en esas tierras las raíces del espíritu lusitano. En estas comarcas, asegura, cristalizó la nacionalidad de este país "petit, pero no desvalgut, al quai mai no mancá una visió clara, una voluntat forta i un esperit lliure" - más o menos como un catalanista describiría a Cataluña⁽⁴⁸⁾. El santuario de Bom Jesus, concreta, es "una mica com Montserrat"; el centro espiritual de la catolicidad catalanista. Las imágenes son a menudo exactas; aunque siempre invertidas por el efecto especular: en Portugal la población se acumula en la franja costera. La soledad y la pobreza crecen hacia Levante. En Cataluña es exactamente lo contrario; es decir, lo mismo: la marina, densa, rica y alegre se encuentra al este, junto a las orillas del Mediterráneo. Hacia el interior, la montaña, áspera y desierta. Exactamente a Poniente. El resultado es una construcción que viene a poner en evidencia los paralelismos y, en realidad, aquello que ha impedido el contacto, el acabado de la península. A ambos lados de la Península Ibérica se encuentra el mismo fenómeno histórico: dos pueblos bien caracterizados que siempre habrían vivido de cara al mar. El problema es que como están de espaldas, apenas se reconocen: "son una mena de bessons que mútuament es desconeixen". La suerte de ambos, sin embargo, ha sido dispar. Cataluña atrapada por el Pirineo, prensada por dos masas incomparablemente más fuertes que ella - la castellana y la francesa, auténtica matriz de la patria catalana - se ha encogido. Portugal, en cambio, ha salido favorecido de su arrinconamiento natural. Al margen de las trifulcas de Occidente ha podido construir su nación. Los catalanes pretendieron expandirse por el Mediterráneo y cuando se dieron cuenta de la inutilidad del esfuerzo y pretendieron regresar a tierra firme, a Iberia, se encontraron con que los castellanos habrían ocupado el puesto⁽⁴⁹⁾.

Pero si el paisaje hermana hay otras cosas que separan. Por ejemplo, la sensibilidad. La sensibilidad morbosa que procede del Setecientos portugués y que se expresa en lo que para el clasicismo catalanista es

^mGaziel, *La península inacabada*, p. 184.

^mGaziel, *La península inacabada*, pp. 215-217.

el "flagelo barroco" que culmina la acción destructora del terremoto de Lisboa; el que acaba con el románico, con el gótico y con el legado renacentista⁽⁵⁰⁾. O, la otra cosa que separa, lo que resulta emblemático viniendo de un catalán - "la llengua és la nació" -, es el idioma. A *Gaziel* no le entienden y ello propicia el reconocimiento de una barrera lingüística: "Llegit, el portugués ens sembla una llengua que no val la pena d'estudiar, com si no fos res més que una mena de castellà veïl, un semigallec, amb unes quantes paraules, poques, exclusives i pròpies. Per això la majoria dels espanyols es creuen, de bona fe, que, el portugués, qualsevol Tentén". Para desmentirlo explica una anécdota. Estando de visita, muchos años antes, durante la campaña de Flandes en la Gran Guerra, en los frentes de batalla, *Gaziel* se preguntaba intrigado por la nacionalidad de unos oficiales morenos, de pelaje negro a los que tomó por balcánicos. Tuvo que ser el corresponsal de *The Times* el que le sacará del error: Pero, no els heu coneguts? Son cosins germans vostres: són portuguesos"⁽⁵¹⁾.

Inevitablemente, cuando se hacen estos ejercicios de aproximación a Iberia se cae, ni que sea moderadamente, en el iberismo: el problema, el *core* o *Woodworm* que corroe la posibilidad de Iberia no es que en ella existan diversas almas nacionales. De hecho, dirá *Gaziel*, éstas serían una bendición divina. El problema radica en que los hombres que las habitan y las encarnan no hayan visto las posibilidades que ofrecería la estructuración armoniosa de estas distintas almas, las grandes y las pequeñas. Que no se haya comprendido la posibilidad de, mediante esta estructuración, hacer un organismo nuevo y sano⁽⁵²⁾.

El ejercicio de reflejos llega, en *Gaziel*, a su momento culminante. Iberia, como Europa, es un lugar vacío en el que los catalanes se contemplan por estricto narcisismo cultural, para percibir mejor sus propias diferencias.

^m *Gaziel, La península inacabada*, p. 149.

⁽⁵¹⁾ *Gaziel, La península inacabada*, pp. 151 y 153.

⁽⁵²⁾ *Gaziel, La península inacabada*, p. 241, citando a Joan Maragall.